

Affaire

TÚ ERES MI DESTINO. I

LU CARMONA

EXTRACTO DEL LIBRO
CORTESÍA DE
EDITORIAL WINGED



Prólogo

La habitación es cálida y está en penumbras. Nunca hemos estado juntos, y eso lo hace aún más excitante. Yo estaba decidida a todo, pero llegada la hora tengo miedo. Tomándome de los brazos me acercas a tu cuerpo. Bajo la mirada tratando de ocultar la ansiedad que siento. Estamos nerviosos, noto que te sudan las manos, las mías están frías y temblorosas.

—¿Y si no te gusta? —me asalta la duda.

—No te preocupes por eso, mi amor —contestas riéndote, divertido—. ¿Qué tal si probamos con un beso?

Estoy de acuerdo, un beso no es nada.

Acercas tu boca y me das besos profundos y deliciosos que me derriten. Siento tus manos recorrer mi cuerpo, firmes, suaves y curiosas, explorando todo de mí, tocando, acariciándome, despertando deseo, desesperación por sentir más, empiezo a mojarme y me olvido del mundo.

Un beso lleva a otro y a otro. Tus labios se deslizan por mi cuello hasta el nacimiento de mis senos. Poco a poco me abres la blusa. Esperas a que yo te detenga, pero no lo hago, lo que te hace ser más atrevido; despacito empiezas a desnudarme. Me ves como pidiéndome permiso, y yo sonrío para alentarte. Pensé que sentiría vergüenza, pero lo único que siento es amor. Estoy desnuda frente a ti y me siento expuesta, pero tú me haces sentir segura al decirme que soy perfecta.

Te desvistes con prisa. Ver tu cuerpo me produce turbación porque es hermoso; experimento una necesidad de tocarlo como nunca la había sentido. Me envuelves en un abrazo apretado, rodeo tu cintura y suspiro. Estamos piel con piel, mis senos apretados en tu pecho, mis pezones empujando. Recargo la cabeza y escucho los latidos acelerados de tu corazón. Te miro interrogante y me explicas que te sientes como un adolescente en su primera vez.

Intentamos acostarnos, pero ante nuestra ansiedad caemos en un revoltijo de brazos y piernas, lo cual nos provoca carcajadas. Tus caricias son tiernas, te demoras en los senos, lames mis pezones con una lengua cálida y rasposa. Cierro los ojos y siento que todo se centra en esos puntos. Dejando una estela de besos, tu boca se dirige curiosa al otro seno, mientras tu mano lentamente va deslizándose hasta el

pubis. Me retuerzo de ansiedad porque siento calor y necesidad de tenerte dentro.

Tus dedos curiosos me exploran encontrando el clítoris. Lo masajeas en forma circular con movimientos expertos, lo presionas, lo pellizcas ligeramente y me vuelves loca, mis gemidos dan fe de ello. Lentamente introduces un dedo en mi vagina. Me describes con voz baja y apasionada qué es lo que sientes:

—Belleza, estás cálida, apretada, y suave; mojada, deliciosa.

Empiezas a crear un camino de besos ligeros que me enchinan la piel, te detienes en mi ombligo, me río porque me haces cosquillas y ansiosamente empujo tu cabeza más abajo. Separas mis piernas y, gentilmente, tocas el clítoris con la punta de tu lengua; yo, sin poder contenerme, grito.

Te entretienes en ese lugar. Tus labios son cálidos y tu lengua se mueve de tal forma que parece que estuvieras besándome en la boca. ¡Dios mío!, jamás había sentido algo tan delicioso.

—¡Ya, por favor!

—¿Quieres que pare?

—¡Sí! ¡No! ¡No sé...!

Te empiezas a carcajear. No sé de qué manera logras reír y al mismo tiempo ponerme tan caliente.

—Hueles bien, sabes bien —susurras.

—¿No te da asco?

—¡Por supuesto que no!, quiero probarte toda. Sabes delicioso. No tengas vergüenza, eres hermosa, mi amor, eres preciosa, perfecta para mí. —Me ruborizo completamente porque tus palabras me excitan. Te amo más por eso.

—¡Por favor!, te quiero dentro de mí.

—No te desesperes, todo a su tiempo. Déjame disfrutarte.

Me besas, me lames, me acaricias con tus labios, con tus dedos y empiezo a sentir esa sensación inminente y tan familiar de un orgasmo. No puedo detener los movimientos de mi cadera que va en búsqueda de tu boca. Continúas en forma implacable, arrancándome gemidos desesperados, hasta que, por fin, un calor inmenso empieza a formarse en mi clítoris y se extiende por mis piernas y vientre, hasta llegar a mi cara. Siento el corazón latiendo en forma desbocada y grito tu nombre.

—¿Estuve bien? —me preguntas, dudoso, mientras levantas la cabeza. Quieres la confirmación de un hecho que es más que evidente y me da ternura.

—Estuviste maravilloso —te contesto con la sonrisa más grande del mundo—, gracias.

Sonríes y luces orgulloso de ti mismo. Repentinamente tus ojos tienen una mi-

rada traviesa. Sin avisarme, introduces un dedo en mí y lo llevas a mis labios.

—Pruébate.

Me da vergüenza, pero lo hago, puedo ver cómo esto te excita. Después nos sentamos en cuclillas, uno frente al otro. Tomo tu pene con una mano y lo empiezo a acariciar, en forma lenta, arriba, abajo, arriba, abajo. Es seda entre mis manos, y tu respiración se agita.

—Qué sensación tan deliciosa —suspiras, con voz entrecortada.

Eso me hace sentir valiente y atrevida; me recuesto sobre ti y de la misma forma que tú hiciste, reparto mis besos por todo tu torso, hasta llegar a tu vientre. Tu pene salta ansioso, excitado, y mi boca gustosa se dirige hacia él. Tímidamente, tanteando el terreno, pruebo la punta de tu glándula con mi lengua.

—¡Sabe bien! —exclamo, y te ríes.

—Te lo dije.

—¡Pero qué presumido! —Te carcajeas y me dices que soy una niña. Lo que me hace protestar, fingiendo indignación te regaño—: No me distraigas, que estoy ocupada.

—Sí, señora.

—Sé muy bien la técnica, estoy entusiasta por practicar contigo.

Te ríes más fuerte.

—Mujer, soy todo tuyo, ¿qué estás esperando?

Sin más, lo introduzco en mi boca y empiezo a acariciarlo con la lengua: arriba, abajo, como si fuera un delicioso helado y tú me ayudas a llevar el ritmo con tus manos sobre mi cabeza, sin embargo, después de un rato, me dices que ya pare, que te mueres por estar dentro de mí.

Me recuestas en la cama. Puedo sentir tu cuerpo grande, caliente y sudoroso, que me aplasta. Mientras me besas, con una rodilla separas mis piernas y yo las envuelvo en tu cuerpo. Encontrando la entrada de mi vagina, lentamente te introduces. ¡¡Dios mío!! Te mueves lentamente y, aunque la sensación es deliciosa, quiero más, necesito más y te pido que aumentes el ritmo. Me contestas que no, que lento es mejor.

—¿Quieres torturarme? —me quejo como niña pequeña.

Sueltas una risita divertida, pero tus movimientos son lentos, poderosos y sensuales. Me hacen sentir a punto de explotar. Bajas tus manos a mis nalgas y las levantas hacia ti, ayudándome a moverlas, para estar más dentro ¡como si eso fuera posible!

Las sensaciones son tantas, estoy llena de ti y empiezo a contraer mi vagina, sin-

tiendo cómo me penetras fuerte y rápido.

—Dioses, ¡hazlo otra vez!

Me río y me pongo en eso, te aprieto en forma rítmica mientras tus manos me acarician y tu cuerpo me aplasta; te siento dentro, llenándome, moviéndote. Huelo tu sudor, escucho tu corazón que late de prisa, tu respiración agitada y tu voz susurrándome cosas indecentes hacen que me sienta terriblemente caliente, hasta que exploto en un millón de pedacitos.

—¡Santo niño de atocha!

Sin darme tiempo a recuperarme, sonriendo en forma pícara, inviertes la posición.

—¡Móntame!

—Sí, señor, a la orden —apenas si puedo hablar.

Muevo mi cuerpo de arriba abajo y tú marcas el ritmo con tus manos en mis caderas. Mientras empujas dentro de mí, me muevo hacia adelante y hacia atrás, creando más fricción. Cierras los ojos. Tu cara es tan bella, observo una capa de sudor que cubre tu labio superior.

—Belleza, ¡esto es el cielo!

Sonrío en forma traviesa, quiero ver cómo te descontrolas, quiero darte el mismo regalo, así que empiezo un movimiento circular con la cadera, mientras te aprisiono y te suelto con mi vagina; poco a poco escucho tus gemidos y eso me hace sentir poderosa, repentinamente empujas con fuerza y entiendo que son movimientos desesperados, nacidos de la necesidad. Cierro los ojos y me dejo llevar por el ritmo que impones.

El sudor corre por mi espalda, siento calor. Perdemos la noción del tiempo, del lugar; simplemente existimos tú y yo en ese mundo que hemos creado, amándonos, entregándonos uno al otro. Te digo entre gemidos que te amo, que eres mi vida entera, que dejé de ser yo para convertirme en una parte de ti, que eres mi amor.

Arrugas la frente y me doy cuenta que estás a punto de terminar, me toco y me estimulo el clítoris con movimientos rápidos, quiero llegar al mismo tiempo que tú. Digo tu nombre una y otra vez, mientras me penetras con movimientos descontrolados y empujas con fuerza, envolviéndonos en el más increíble orgasmo que haya sentido alguna vez.

Me dejo caer sobre tu pecho, sudorosa, satisfecha y tú me besas la cabeza con ternura. Suspiras. Sueltas una risita avergonzada, me da curiosidad y te pregunto en qué estás pensando.

—Qué raro es esto de querer a alguien, de quererlo tanto tanto, que puedas lo-

grar tal conexión como la que existe entre tú y yo.

Tus palabras me hacen sentir amada, me acurruco en tu pecho y disfruto de tu calidez, los latidos acompasados de tu corazón me arrullan. Alcanzo a escuchar tu voz antes de quedarme dormida:

—Te amo mucho...

Lentamente abro los ojos, me cuesta un minuto entero darme cuenta que estoy sin ti en mi cama. Que todo fue un hermoso sueño, un sueño muy real, la humedad entre mis piernas puede dar fe de ello. Sin embargo, no me siento triste, porque, muy en el fondo de mi corazón, sé que estuvimos juntos, que nuestras almas estuvieron juntas en ese sueño. Con cuidado deslizo un dedo entre mis piernas y empiezo a dibujar círculos. La necesidad que tengo de ti es tan grande, que casi inmediatamente siento la inminencia del orgasmo que llega potente, provocando que me muerda la lengua para acallar el grito. Pronuncio tu nombre en mi mente, una vez, dos y muchas más, hasta que estoy saciada. Me invade la calma, cierro los ojos y suspiro...

Mientras, mi marido, ajeno a todo, ronca a pierna suelta, en su lado de la cama.



Una vieja cuarentona

«¿Puede una mujer enamorarse varias veces en la vida? ¿O es que solo existe un amor verdadero y los demás solamente son pálidos esbozos? ¿El amor está condicionado a una edad?, ¿a un estrato social?, ¿a una pareja? ¿Puede una mujer amar a dos hombres al mismo tiempo? ¿Enamorarse del mismo hombre dos veces? ¿Puede, una mujer, gozar de su sexualidad sin sentirse censurada? Y si este goce no está dentro del matrimonio, ¿será realmente un goce?».

Sonriendo y negando con la cabeza, apagué el radio. Ese programa se caracterizaba por tocar temas delicados, y esta vez no había sido la excepción. Hablaron durante toda la mañana de las diferentes clases de amor. Durante la emisión, varias mujeres llamaron para comentar sus vivencias, principalmente casos de infidelidad. No me identifiqué con ninguno. No me imaginaba que yo, Alejandra Montero de VillaCortés, una mujer con veinte años de casada, cuarentona, con hijos adultos y un matrimonio estable, pudiera enamorarme de otro hombre, ¡pudiera tener sexo con otro hombre que no fuera mi marido!

Estaba muy orgullosa de mi matrimonio, de la vida que habíamos construido, de la familia que teníamos, y jamás me pasaría por la mente tener un amorío, un *affaire*, como lo llamaba la locutora. Sin embargo, después de escuchar por dos horas tantas historias diferentes, me quedé pensando que mi vida en pareja actualmente se había vuelto monótona y aburrida, como la de muchas mujeres que habían comentado. Sin embargo, lo achaqué a la edad de Arturo, él era dieciocho años mayor que yo; cuando nos casamos, yo tenía veinte años, y él treinta y ocho. Nuestro amor fue avasallador, de esos que relatan las novelas románticas, pero solo en el noviazgo. Después de casados, él cambió.

Conocí a Arturo en una cena de gala que daba el Hotel *Four Seasons*. Yo era ayudante del chef encargado de preparar la cena, y Arturo era, en ese entonces, un joven médico neurocirujano abriéndose paso en el competitivo mundo de la medicina. Esa cena fue en su honor, porque estaba recibiendo un reconocimiento a un trabajo de investigación que había hecho. Al final de la gala, llamaron al Chef para felicitarlo por su excelente cocina, sin embargo, esa noche no había podido ir

a trabajar y yo, una estudiante en prácticas, me había hecho cargo de todo. Arturo no podía creer que alguien tan joven hubiera sido capaz de organizar una comida de esa magnitud.

Se quedó prendado de mí, y yo de él. Después de un mes de intenso cortejo y otro más de noviazgo, donde se había portado como todo un caballero, nos comprometidos de por vida. Yo me sentía en la gloria porque no lograba entender cómo un hombre tan inteligente, guapo y amable podía haberse enamorado de mí, parecía que estaba viviendo un cuento de hadas, él era tan amable, cariñoso y considerado conmigo que acabó por convencerme. Yo era, en sus palabras, una mujer maravillosa.

Mis padres estaban muy felices porque había *pescado* un buen marido. Esa era una preocupación constante para ellos: que yo hiciera un buen matrimonio con un hombre que me pudiera dar una vida decente. Mi padre era chapado a la antigua; para él, el lugar de la mujer era su hogar. A mí me hubiera gustado estudiar alguna otra cosa diferente a gastronomía, pero no se podía razonar con el hombre, así que era eso o nada, afortunadamente, me di cuenta que tenía talento para la cocina, y estudiar gastronomía fue toda una revelación: había ganado una beca para irme a estudiar a París unos cursos y después quería hacerme cargo de mi propia cocina, poner un restaurante de comida internacional.

Recuerdo que cuando éramos novios Arturo y yo, hicimos muchos planes respecto a eso, él me decía que me veía como una gran chef famosa en todo el país y me besaba, riendo y asegurándome que con su apoyo lo lograría, que nos iríamos a París a cumplir mi sueño, que él haría un doctorado mientras yo tomaba esos cursos con los que tanto soñaba. Daba gracias al cielo por enviarme a un hombre tan comprensivo y que me apoyara en todo, lo amaba con locura, por eso cuando, al mes de ser novios, me propuso matrimonio dije que sí a ojos cerrados, aun cuando mis amigas, sobre todo Marisa, opinaban que era demasiado pronto para enlazar mi vida a alguien que apenas conocía. No me importó, yo confiaba en él.

Los sueños nunca se cumplieron. La razón: cuando me casé dejé de estudiar porque inmediatamente me embaracé de Angélica y al año siguiente de Fernando, los amores de mi vida. Cuando los niños nacieron, mi marido opinó que el poner el restaurante me quitaría tiempo para atenderlos, yo no estaba de acuerdo, pero no me dio oportunidad de defender mi punto de vista y, para colmo, mis padres lo apoyaron. Mi madre me criticó duramente diciéndome que debería sentar cabeza y ocuparme de mi casa y de mis hijos como Dios manda, que para eso tenía un marido que me mantuviera.

Tuve que posponer mi sueño algunos años, sin embargo, nunca fue el momento adecuado y con el tiempo me convencí de que mi marido tenía mucha razón: los hijos deben estar al cuidado de la madre, porque cuando entraron a la escuela, tenía que estar disponible para las múltiples actividades que realizaban, para formarles hábitos de estudio, para tenerles comida caliente y una casa limpia. Cuando fueron adolescentes, era más importante estar pendiente de ellos que trabajar, para evitar que se descontrolaran y se fueran por *el mal camino* y, por supuesto, esa era mi responsabilidad, ya que mi marido trabajaba todo el día.

Por su parte, Arturo fue ascendiendo en su profesión hasta llegar a convertirse en un Neurocirujano reconocido a nivel internacional: El doctor Fernando Arturo VillaCortés Miranda, con muchos premios en su currículum, socio y director de una clínica privada muy exitosa y de las de más prestigio en el país.

Vivíamos en una casa enorme que mi marido había comprado en una colonia muy exclusiva. Teníamos a nuestro servicio una cocinera y ama de llaves, Juanita; y dos muchachas que ayudaban en el cuidado de la casa: Rosita y Amalia. También había varios coches en el estacionamiento. No podía quejarme, las satisfacciones que tenía eran suficientes para mí, creía que mi vida era perfecta, me sentía realizada como madre y como esposa. Tal vez en otras circunstancias hubiera sido diferente pero, como decía mi padre: «los hubiera no existen», y ya había dejado esos sueños juveniles de lado. Ya tenía cuarenta años, era demasiado tarde para hacerlos realidad.

Aunque nuestra situación económica era muy buena, mi marido seguía trabajando igual y pocas veces estaba en casa antes de la cena, a pesar de todo no me sentía sola porque contaba un grupo de amigas de toda la vida. Habíamos estudiado juntas hasta la preparatoria y fueron damas de honor en mi boda: Marisa, Lucía y Ana. Éramos tan diferentes unas de otras, que no sabía cómo le habíamos hecho para mantener nuestra amistad intacta a lo largo del tiempo; para mí ellas eran mis hermanas. Nos reuníamos en cada cumpleaños para celebrar y, por supuesto, cada que hubiera una emergencia. Esta vez la de la emergencia era Lucía que, como siempre, había tenido una pelea monumental con Rafael, su actual novio, y requería de soporte emocional inmediato.

Nos quedamos de ver en el restaurante de costumbre. Le llamé a Arturo para avisarle, esa había sido una de las reglas no escritas en nuestra relación y para evitar malos entendidos, yo siempre le explicaba si iba a salir, a dónde iría, con quién y a qué hora regresaría a la casa; si él consentía me iba sin remordimiento de conciencia por dejarlo a la buena de Dios, si él decía que no, prefería quedarme a esperarlo,

para no tener problemas. No me gustaba que se enojara conmigo. No era algo agradable, porque a veces me ignoraba por días y otras... mejor ni hablar de eso.

Consultando la hora, con sorpresa vi que ya se me estaba haciendo tarde. Dejé de darle vueltas a mis pensamientos y tomé rápidamente una ducha, al terminar, apresurada me envolví en una suave y mullida bata de felpa.

Una vez en mi recámara, dejé caer la bata y me vi de cuerpo completo en el enorme espejo que estaba en una esquina, dándome cuenta que los años ya se notaban en mi cuerpo: tenía ocho kilos de más. El pelo rubio, largo y ondulado, adornado por algunas canas, me caía hasta la cintura, a mí me gustaba mucho así, pero siempre lo mantenía agarrado en un chongo elegante, que le encantaba a Arturo ya que el pelo suelto solo se veía bien en gente joven, según su opinión; y tenía razón, yo no estaba joven. Me vi el abdomen ligeramente abultado y los malditos rollitos en la espalda, sin embargo aún tenía las piernas largas y torneadas y los senos se mantenían en su lugar. No era una belleza, pero los ojos verdes me salvaban de parecer ordinaria. Con tristeza me di cuenta que ya se me notaban unas pequeñas arruguitas alrededor de ellos, las llamadas patas de gallo, que al reír se acentuaban.

«Bueno, eres una cuarentona, Alejandra, ¿qué esperabas a esta edad».

Me disgustó lo que vi, por lo que dándole la espalda al espejo me vestí apresuradamente, pensando en que le haría caso a Marisa: me inscribiría al gimnasio al que ella iba, antes de que la ropa ya no me quedara. Hablaría de eso con Arturo cuando tuviera oportunidad.

Escogí un traje de pantalón suelto y blusón de color caqui, que era muy cómodo; me maquillé y peiné con rapidez. Al darme un último vistazo al espejo, me di cuenta que me veía como una abuela, no quería escuchar las críticas de mis amigas, por lo que deshice el chongo y peiné mi cabello en una media cola, el resultado me agradó. Ese fue el momento en que mi marido escogió para enviarme un mensaje de WhatsApp.

«Hola, mi amor. ¿Qué pasó?» le contesté, apresurada.

«Hola, solo para avisarte que hoy iré a comer a la casa».

Me sentí entre la espada y la pared.

«¿A comer? ¡Pero, mi amor!, comeré con las chicas, anoche te dije».

«¿Con las locas de tus amigas? Se me había olvidado, cierto, ya recordé».

«Me dijiste que estaba bien, que tú vendrías hasta la entrada la madrugada...».

«No recordaba eso y yo que hasta cambié un compromiso para ir a la casa temprano».

Él siempre llegaba a cenar y yo continuamente me quejaba de eso, ¡no era justo!

¿Por qué, precisamente el día que yo tenía un compromiso con mis amigas, quería venir a comer?

«Lo siento, yo... si quieres no voy».

«Ve a tu comida, de todos modos estoy acostumbrado a comer solo en el hospital, no habrá mayor diferencia si lo hago en la casa».

Su comentario me hizo sentir culpable, estaba a punto de decirle que no iba cuando me volvió a escribir.

«¿Cómo vas vestida? Tómate una foto para mí, por favor, quiero disfrutar de la vista de mi bella y elegante esposa...».

Rápidamente me tomé un *selfie* y se la envié.

«Te ves preciosa, ese conjunto te hace ver muy elegante, justo como me encanta que se vea mi esposa, sin embargo...». Ese *sin embargo* me hizo sentir muy insegura, ¿no me acababa de decir que me veía preciosa? «Vas toda desgredada, Alejandra, una mujer de tu posición social y de tu edad no puede ir por la vida con esos pelos, mi amor, te ves como una adolescente ridícula».

Tenía razón, por supuesto que tenía razón, ¿en qué diablos estaba pensando al peinarme de esa forma?! Yo nunca traía el cabello suelto y menos peinado de esa manera tan informal. Rápidamente volví a rehacer mi cabello y le envié otra imagen.

«Ahora sí estás perfecta, te ves bellísima, Ale. No te apresures, disfruta de tu comida, al fin que Juanita me atenderá bien. Nos vemos más tarde. Te amo mucho».

Su último mensaje me devolvió la seguridad. Me despedí y me fui de prisa, no sin antes darle instrucciones a Juanita para que la comida estuviera caliente y servida en cuanto lo escuchara llegar. No quería que Arturo se molestara. Pocas cosas le enfadaban tanto como tener que esperar para comer. Estaba entusiasmada, me gustaban estas reuniones sin mi marido, me hacían sentir libre, como cuando yo era una joven mujer y podía hablar sin filtros.



No soy un casanova

«¿Puede una mujer, gozar de su sexualidad sin sentirse censurada? ¿Y si este goce no está dentro de matrimonio, será realmente un goce? A lo largo del programa hemos escuchado...».

Mi madre apagó el radio que tenía en la cocina, le gustaba escucharlo mientras preparaba la comida o hacía cualquier otra actividad.

—¿Estuvo interesante tu programa? —le pregunté desde el umbral.

—¡¡Sebastián!! No te escuché llegar. Qué susto me diste, pasa, siéntate, te prepararé unos ricos huevos a la mexicana, tal vez de esa forma pueda convencerte que no te regreses a España.

Sonriendo me acerqué y le besé la cabeza.

—Lo siento, mamá, aunque la idea original era quedarme una buena temporada, no le veo el caso. Estoy decidido.

—Hijo, tus raíces y tu familia están aquí. Desde que te divorciaste de Diana te desterraste a ese país al otro lado del mundo. Te extrañamos. Yo te extraño.

Solo le sonreí, esta discusión la habíamos tenido muchas veces a lo largo de los años. Me dispuse a disfrutar de mis huevos a la mexicana.

—Están deliciosos, mamá, gracias.

—No me des las gracias, si ni así te puedo convencer que te quedes un poco más. Me preocupas, Sebastián, ¿piensas pasar el resto de tu vida desterrado?

Ya no le contesté nada, amaba la Ciudad de México con todas sus peculiaridades: el tráfico horrendo, la contaminación ambiental, las colas inmensas en el banco y en cualquier otro lugar, los vendedores ambulantes, los policías corruptos que solo te detenían para obtener una *mordida*, en fin, había crecido en esta ciudad y aun cuando mi residencia desde hacía muchos años era España, me encantaba regresar de cuando en cuando a visitar a mi familia, en esta ocasión había planeado quedarme un par de meses, pero después de dos semanas ya quería regresar.

Es curioso cómo a veces la vida te cambia a partir de decisiones que en su momento parecen intrascendentes, eso me pasó a mí cuando años atrás había ido a Madrid de vacaciones, a visitar a mi buen amigo Diego, cuyo trabajo en una edito-

rial lo había llevado a vivir al otro lado del océano pacífico. Estando ahí descubrí *eso* que le faltaba a mi vida: la escritura. Todo gracias a que María José, una buena amiga y compañera de trabajo de Diego, al leer por accidente un relato que había escrito solo para matar el aburrimiento, me impulsó a probar suerte. Ella opinaba que yo tenía un don.

Después de esas vacaciones me regresé a México con otra perspectiva de la vida: quería convertirme en escritor, así que eso hice. Desempolvé mis apuntes de la facultad de Filosofía y Letras, y tomé unos cuantos cursos de escritura creativa que me ayudaron a que mi sueño tomara forma. Por fin, en el transcurso de dos años, escribí mi primera novela y lo demás fue historia: Mi primera novela se convirtió en un *best seller*. Lejos quedaron los días en los que pagaba la renta. En la actualidad era un escritor muy reconocido que vivía de hacer lo que más amaba.

De cuando en cuando, entre libro y libro, me gustaba pasar una o dos semanas en México, sin embargo, en esta ocasión era diferente, esta vez había planeado quedarme al menos dos meses para despejar la mente y desintoxicarme de la última novela que había escrito, la cual, sin querer ser presumido, había sido un rotundo éxito, pero ya había escrito tres *thrillers*, ahora quería incursionar en otro género, solo tenía que encontrar un tema o algo que me hiciera desarrollar una historia, y por el momento el bloqueo de escritor estaba por los cielos, me sentaba delante de la pantalla de la computadora y la inspiración no acudía a mí.

Mi mente seguía en blanco. Jamás me había sentido tan impotente y desesperado, esto no me había pasado antes, hasta llegué a pensar que tal vez ya me había encasillado en un género y nunca saldría de ahí. Esa fue una de las razones que me hicieron tomar la decisión de quedarme en México por un tiempo, hasta que fuera absolutamente necesario regresar a España. Nada me ataba a ningún lugar en específico, no tenía una familia por la cual velar, y tampoco una pareja a la cual rendir cuentas.

Estando en México nada sucedió, ni el cambio de país, ni el cambio de rutina ni nada de lo que había hecho había servido. Tenía muchos pendientes en Madrid y, desafortunadamente, mi bloqueo me seguiría a donde yo estuviera.

—¿Algo te preocupa Sebastián? Estás muy callado — La voz de mi madre me trajo de vuelta al presente.

—Nada, mamá, cosas de escritores. Tu comida, como siempre, estuvo exquisita. Gracias.

—¿Entonces no hay algo que pueda hacer para convencerte que te quedes más

tiempo?

—Lo siento, no hay nada que puedas hacer, en cuanto pase el cumpleaños de papá, me iré, pero tú sabes que aun cuando viva al otro lado del mundo, siempre estaremos en contacto. —Levantándome, le di un beso en la mejilla y llevé mi plato al fregadero para lavarlo. Los hábitos aprendidos en la infancia nunca se olvidan—. Me voy, le llamo luego a papá. Quiero acompañarlo a ver esa cortadora de pasto que necesita.

—Pensé que lo esperarías —se quejó mi madre, haciéndome un puchero triste.

—Ya son más de las once de la mañana, voy a ir a comer con una amiga y todavía tengo que sacar a pasear a Bruno.

—Sebastián, no cambiarás nunca, desde que te divorciaste te has vuelto un casanova. ¿Cuándo vas a tener una novia como Dios manda y la traerás a la casa?

No pude evitarlo, solté la carcajada.

—Qué casanova ni que nada, madre, y eso de tener novias no es lo mío, pero te prometo que si alguna vez conozco a alguien que me mueva el mundo, la traeré a conocerlos. Bueno, ya me voy. Te amo.

Escuché un suspiro exagerado mientras me dirigía a la puerta. Aunque le había hecho esa promesa a mi madre para tranquilizarla, de una cosa sí estaba seguro, yo no estaba hecho para tener un compromiso formal con nadie, ya ni pensar en llevar a una *novia* a conocer a mis padres.

Con mi bloqueo de escritor a todo lo que daba y sin poder hacer nada para remediarlo, había decidido que al menos me la pasaría bien en mi estancia en estas vacaciones, así que me había dedicado a conquistar a una mujer que conocí en un bar. Quedamos de encontrarnos en un restaurante muy concurrido; era muy divertida y sexy y, lo mejor de todo, era que le interesaba el sexo sin compromiso. Justo lo mismo que a mí.

Llegué con el tiempo justo al restaurante, era un lugar grande, pero tranquilo, perfecto para tener un poco de intimidad. Me asignaron una mesa que estaba cerca de la ventana. Me iba sentando cuando recibí un mensaje de Karla informándome que había tenido una emergencia. Decepcionado porque había pensado pasar una tarde de lo más placentera, no me quedó más remedio que desearle suerte en lo que sea que estuviera resolviendo.

No le vi el caso ordenar, estaba a punto de irme cuando vi pasar a una señora muy elegante. Su andar cadencioso, como de épocas pasadas, llamó mi atención. Tenía el cabello rubio y lo traía peinado en forma demasiado formal, con un chongo alto, de esos que usan las ancianas. Su ropa, pasada de moda, pero de acuerdo a su edad, no

me indicaba si era robusta o delgada, aunque que eso de *pasada de moda* era algo muy subjetivo, supongo que las personas se visten como mejor les acomoda, porque mi madre, que yo creo rondaba por la edad que tenía esa mujer, se vestía muy *fashion* con pantalones de mezclilla, calzado deportivo y un corte de cabello muy moderno que le sentaba muy bien.

Esta mujer no se veía mal, de hecho, es solo que no estaba acostumbrado en estos tiempos modernos, a ver a alguien vestir tan propio y elegante solo para acudir a un restaurante, más bien se veía ataviada como para ir a una recepción semiformal. Se dirigió a una mesa que estaba hasta el fondo, y saludó efusivamente a las mujeres que la ocupaban, seguramente sus amigas. ¿O serían sus hijas?

Ordené un café. Observar a esa mujer se había convertido en ese momento en mi objetivo. Por mi cabeza empezaron a rondar teorías para una nueva historia basada en una elegante señora mayor, que se reunía con sus hijas para discutir algún tema trascendental, tal vez los términos de su testamento, o revelarles que la familia se disolvía porque el marido le era infiel, o tal vez no las había visto en años y ahora por fin se reencontraban... Quizá no eran sus hijas, no se veía tan mayor como para tener hijas de esa edad, tal vez ella era una maestra de escuela que se reunía con sus exalumnas para platicar, tal vez...

¡Vaya!, por lo visto mi bloqueo de escritor había desaparecido, después de todo, ir a esa cita no había sido tiempo perdido. Toda mi atención estaba puesta en la mesa que se encontraba al otro extremo del restaurante, solo esperaba que no me corrieran de ahí por acosador, pero estaba tan feliz de que mi cabeza ya funcionara correctamente, que me daban ganas de ir con la señora y agradecerle.

Me di cuenta que entre ellas había un lazo afectivo muy fuerte, lo que afianzaba mi teoría de que tal vez eran sus hijas. Disimuladamente tomé nota de los comensales de esa mesa e inmediatamente me inventé una historia para cada una, traté de adivinar sus edades e imaginar cómo serían sus vidas.

[A la venta en Amazon](#) o en [Editorial Winged](#),
no te quedes sin tu ejemplar.

